CAPÍTULO 74

El chocolate de la Iglesia

Los ilustrados fundaron sociedades de amigos del país destinadas a catequizar a sus compatriotas sobre los beneficios de la libre empresa y a divulgar las modernas técnicas agrícolas y artesanales. Estas propuestas hallaron escaso eco. España ya era diferente antes de que Fraga se inventara el famoso eslogan «Spain is different».

En otros países, los ilustrados habían impulsado sus reformas apoyándose en una activa e inquieta clase media. En España, esa clase que debía suministrar los misioneros del progreso no existía. El nuestro seguía siendo un país campesino, inculto y atrasado, con una población cerril, impermeable a toda idea renovadora. Además, había que contar con el inmenso poder de la Iglesia, gran enemiga de los cambios, especialmente si son para progresar, y con la resistencia de la nobleza, anclada en sus privilegios de clase.

El rústico cacique se cerró al progreso, adoctrinado por el cura en pausadas tertulias de bizcocho y chocolate, en el cuarto de respeto, con señoras de misa y comunión diaria enlutadas y dignas. La Iglesia tenía una fuerza tremenda y no estaba por la labor de acatar ideas disolventes llegadas de Francia e inspiradas por ateos y librepensadores de la calaña de Voltaire y Rousseau. La Revolución francesa, con su secuela de subversión social y aniquilamiento de la aristocracia, vino a darles la razón desde su particular punto de vista.

Ningún ministro ilustrado se atrevió a lidiar el inmenso toro negro de la Iglesia. Juntando mucho valor, a todo lo que llegaron fue a expulsar a los jesuitas (una medida que ya habían tomado

Francia y Portugal), lo que, a la postre, no acarreó consecuencia alguna porque la pluriforme y adaptable Iglesia siguió obstaculizando el progreso.

La renovación económica no tuvo más suerte que la social. Naturalmente, los ilustrados propusieron una reforma agraria que incorporara a la riqueza nacional las grandes fincas mal cultivadas o dedicadas a dehesa ganadera en Andalucía, Castilla y Extremadura. La idea era buena, pero no hubo Gobierno que se atreviera a ponerle el cascabel al gato. La gran aristocracia y la Iglesia, propietarias de la tierra, eran todavía dos escollos formidables contra los que ningún ministro quería estrellar su carrera política. La Iglesia había acumulado un gigantesco patrimonio agrícola procedente de donaciones pías inalienables (las llamadas «manos muertas»), que estaba, como casi todo lo demás, pésimamente administrado.

Quedaba la industria, el último cartucho. Pero la industria no consiguió despegar de la mera producción artesana para mercados regionales, o poco más, y preferentemente en la periferia (textiles en Cataluña, hierro en Vasconia, conservas pesqueras en Galicia y Andalucía), mientras que el centro de Castilla permanecía comparativamente atrasado.

Algo remedió la supresión del monopolio del comercio americano, que había pasado de Sevilla a Cádiz, y la liberalización de la economía colonial combinada con su reestructuración administrativa. Inmediatamente, los impuestos americanos se multiplicaron, lo que alarmó a las oligarquías locales, que ganaban más cuando estaban peor administradas. En ese clima de descontento, se fue preparando el terreno para los movimientos independentistas que estaban a la vuelta de la esquina. Tampoco encantó a los ingleses, que estaban acostumbrados a hacer grandes negocios en América aprovechando la incompetencia comercial española.

La espina inglesa

Todo el buen juicio que asistió a Carlos III en la política interior (otra cosa es que los logros correspondieran a los objetivos) se le turbó en la exterior. Para empezar, se implicó en una alianza con Francia (el Tercer Pacto de Familia), dejándose arrastrar por su odio a Inglaterra. Los Borbones no aprenden, pero tampoco olvidan, y a Carlos III le seguía escociendo un humillante chantaje al que lo sometieron los ingleses en 1742, cuando todavía era rey de Nápoles. Una escuadra inglesa fondeada en la bahía lo obligó a jurar neutralidad en el conflicto austríaco bajo amenaza de bombardear su capital. Por el Pacto de Familia, España apoyó a Francia contra Inglaterra en la guerra de los Siete Años. Como es natural, perdimos la guerra y con ella volaron unas cuantas colonias americanas (entre ellas Florida y el Misisipí), aunque, como compensación, Francia nos traspasó la Luisiana. También ganamos experiencia porque, después de esta guerra, Carlos allegó la sabiduría necesaria para acuñar aquella famosa máxima de gobierno: «Con todos guerra y paz con Inglaterra». Otros se la atribuyen a su ministro Carvajal y Lancaster, y otros, a Fernando VI. Tanto da.

Después, con singular miopía y nuevamente a remolque de Francia, España apoyó la independencia de las colonias inglesas en América (Estados Unidos actuales) sin advertir el funesto ejemplo que daba a sus propias colonias. Estas no tardarían en seguir el camino de las inglesas y sacudirse su yugo colonial. Un aspecto positivo fue que recuperó de los ingleses Florida y la isla de Menorca, aunque no Gibraltar.

CAPÍTULO 76

Tragicomedia de la Trinidad en la tierra

Carlos III hubiera sido relativamente feliz de no haberle preocupado tanto las crecientes muestras de imbecilidad que le daba su hijo y heredero. En una tertulia cortesana en la que se conversaba sobre esposas adúlteras, el príncipe, futuro Carlos IV, dejó caer:

- -Nosotros los reyes, en este caso, tenemos más suerte que el común de los mortales.
 - ---¿Por qué? ---quiso saber su augusto y algo amoscado padre.
- —Porque nuestras mujeres no pueden encontrar a ningún hombre de categoría superior con quien engañarnos.

Carlos III se quedó pensativo. Luego sacudió la cabeza y murmuró con tristeza:

—¡Qué tonto eres, hijo mío, qué tonto! ¡Las reinas también pueden ser putas!

Este era Carlos IV, un infeliz grandón y brutote, sonrosado y regordete, quizá un pelín feminoide, de mínima cabeza, ojos vacunos y enorme nariz borbónica. Hasta que sus obligaciones lo ataron al trono solía campar por las cocheras y cocinas de palacio, donde se sentía más cómodo que en los salones, y prefería departir en corrillos de criados y palafreneros antes que en tertulias y consejos de ilustrados.

Lo casaron con su prima María Luisa de Parma (de quien recibió el nombre la hierba luisa), seguramente la reina menos agraciada que ha tenido España, quizá hasta Europa, la cual le salió, además, ninfómana, sin que sepamos a ciencia cierta la parte que cupo al monarca en los catorce hijos (y diez abortos) que tuvo.

Por lo menos uno de ellos, el infante don Francisco de Paula, se parecía muchísimo a Godoy.

Ya salió Godoy. Era un jayán guaperas con tendencia a la obesidad, que fue toda la vida amante semioficial de la reina. Es fama que María Luisa le echó el ojo cuando era un simple guardia de corps en palacio, y lo encumbró hasta el rango de Príncipe de la Paz y valido todopoderoso del rey. Fue un civilizado ménage à trois: el rey salía de caza todos los días para que en su ausencia Godoy visitara los aposentos de la reina. Para mayor discreción y comodidad, el valido utilizaba un pasadizo secreto. El caso es que, a pesar de lo claro que parece todo, diversos indicios inducen a sospechar que quizá el rey era tan imbécil que ignoraba el asunto del valido con su mujer, a no ser que pensemos que era un redomado farsante. En una ocasión comentó confidencialmente a la reina:

—¿Sabes lo que murmura la gente? Que a Manolito lo mantiene una vieja rica y fea.

La correspondencia íntima de la reina con Godoy está repleta de emotivos detalles, como corresponde a una pareja romántica. Le comunica, por ejemplo, que le ha bajado la regla, «la novedad, mis achaques mensiles».

María Luisa también le fue infiel a Godoy, al que a veces alternó con un tal Mallo y con otros garañones cortesanos, pero, no obstante, parece que sintió un gran amor por el valido. Camino del exilio, solicitó «que se nos dé al Rey, mi marido, a mí y al Príncipe de la Paz con qué vivir juntos todos tres en un paraje bueno para nuestra salud».

Al trío le tocó vivir una época de grandes cataclismos históricos. Durante todo el siglo precedente, España había crecido bajo la tutela de la superpotencia de allende los Pirineos. De pronto, en 1793, la Revolución francesa decapitó al Borbón francés y dejó huérfanos a sus parientes españoles.

¡El pueblo en armas contra la opresión de la monarquía! Un huracán republicano amenazaba los palacios de las casas reales europeas y los castillos y mansiones de la aristocracia. Las pesadas lámparas de cristal, los recargados aparadores, las cuberterías de oro, las vajillas de cristal tallado, los cortinajes de damasco, los clavecines taraceados de marfil, las silentes arpas en las salas de música, los bellos y suntuosos objetos que testimoniaban la explotación de los humildes por los privilegiados, ya no se contemplaban con la misma seguridad arrogante de la víspera. Algo se había alterado para siempre en la mecánica celeste. Las aristocracias europeas temblaron ante la posibilidad de que cundiera el ejemplo francés en sus propios reinos. Los reyes que hasta ayer mantenían abiertas viejas rencillas dinásticas firmaron precipitadamente la paz y corrieron a alistarse en el banderín de enganche que abrían los ingleses, siempre oportunistas, contra su tradicional enemigo, Francia. Había que aplastar a todo trance a la naciente República Francesa antes de que cundiera su ejemplo. En España, la conmoción barrió a dos ministros capaces, Floridablanca y Aranda, y puso el gobierno en las manos inexpertas de Godoy, cuya única sabiduría política estaba en la cama de la reina. Pero él, mozo ambicioso y no del todo lerdo, estaba dispuesto a aprender.

Los Borbones españoles no podían dejar impune la ejecución de sus primos y mentores franceses a manos de los revolucionarios. Por lo tanto, declararon la guerra a Francia y arrastraron al país, convaleciente aún de tantas miserias pasadas, a un nuevo desastre. Los revolucionarios franceses, inflamados de ímpetu neófito, invadieron España por los dos extremos de los Pirineos y ocuparon Bilbao, San Sebastián y Figueras. Ante el cariz que tomaban los acontecimientos, la indignación borbónica por el asesinato de los primos quedó en agua de borrajas. Godoy, como una veleta bien engrasada, giró ciento ochenta grados para firmar una alianza con los franceses contra Inglaterra.

Una torpeza se tapaba con otra aún mayor. Nos llovieron los palos. La escuadra inglesa, dueña del mar, cortó las comunicaciones con América, dejando las colonias a merced de los proveedores ingleses o norteamericanos (y tan contentas, porque ya las clases dirigentes miraban más por su bolsa que por la madre patria).

El primer revés serio, anuncio de los por venir, ocurrió en 1797 en aguas del cabo San Vicente, donde una escuadra española mandada por el incompetente teniente general José de Córdoba se enfrentó con la inglesa del almirante John Jervis, a la que casi doblaba en efectivos. En el bando español figuraba el más portentoso navío de línea jamás construido, el *Santísima Trinidad* (el Escorial de los mares, lo llama Galdós), un gigante de cuatro puentes (lo normal eran dos o tres), artillado con 136 cañones. Tanto poderío no le sirvió de mucho: debido a la torpe disposición de la escuadra española, solo siete de sus naves entraron en combate, de las que se perdieron cuatro, entre ellas el *San José* y el *San Nicolás*, capturado por el *Captain*, al mando del comodoro Horacio Nelson (el que ocho años más tarde vencería en Trafalgar).

En vista de que pintaban bastos, los restantes navíos españoles huyeron del combate en lugar de socorrer a los camaradas apresados. El pusilánime Córdoba intentó rendir a los ingleses el Santísima Trinidad, y lo hubiera entregado si no llega a interponerse el brigadier Cayetano Valdés, que mandaba el Pelayo. Al ver que Córdoba arriaba la bandera (la señal de rendición) lo amenazó con cañonearlo si no la volvía a izar inmediatamente y proseguía la lucha.

Uno de los ingleses asistentes al combate, John Butler, cuenta en sus memorias la hazaña de Martín Álvarez Galán, un granadero extremeño a bordo del San Nicolás, al que su comandante, don Tomás Geraldino, había encomendado defender la bandera e impedir que nadie la arriara. Abordada la nave por los ingleses y muerto don Tomás, los oficiales españoles comprendieron que toda resistencia era inútil y depusieron las armas, pero Martín Álvarez mantuvo el tipo y cuando el sargento mayor de marines William Morris se acercó a la toldilla para apoderarse de la enseña el celoso extremeño lo atravesó con su sable con tal fuerza que lo dejó clavado en un mamparo del que no pudo desclavar el arma cuando otra cuadrilla de ingleses se le echaba encima. En esa tesitura, agarró por el cañón un fusil que tenía a mano y la emprendió a culatazos con los británicos, matando a un oficial e hi-

riendo gravemente a otros dos números antes de que dispararan sobre él y lo dieran por muerto.

Rendido el *San Nicolás*, tocaba arrojar los cadáveres al mar, con sendas balas de cañón como lastre, según costumbre. Nelson, que había asistido al heroísmo del marino extremeño, ordenó que su cadáver se arrojase al agua envuelto en la bandera que tan heroicamente había defendido. Cuando echaron mano de él notaron que, a pesar de los balazos recibidos, todavía respiraba.

-Está vivo, comodoro -informó un propio a Nelson.

El ilustre marino, que siempre se mostró respetuoso con el adversario español, ordenó bajarlo al hospitalillo donde el cirujano de a bordo lo atendió y logró salvarle la vida. Días más tarde lo desembarcaron en Lagos, Portugal, en cuyo hospital acabó de reponerse antes de regresar a España para reincorporarse al servicio. 133

Napoleón presionaba a Portugal para que cerrara sus puertos a la flota inglesa, pero, en vista de que los portugueses se negaban, decretó la invasión de Portugal.

Carlos IV, llorando, se quejaba al embajador de Francia: «¡Ay, qué desgracia es ser rey y verse obligado a hacer la guerra contra la propia hija!».

Se refería a la infanta Carlota Joaquina, casada con el rey de Portugal. Esta es la que aparece con el rostro vuelto, mirando hacia atrás, en el célebre retrato de la familia real de Goya. Como estaba en Lisboa cuando se pintó el lienzo, no pudo posar.

Manolo Godoy, ufano como un pavo real —la incipiente panza comprimida por el fajín de generalísimo—, se puso al frente del ejército combinado franco-español. Fue un paseo militar que

133. Martín Álvarez volvió al mar y murió cuatro años después, de una tuberculosis mal curada. En su honor, un decreto real estableció que siempre haya un navío de la Armada española con su nombre. Uno de los cañones del *San Nicolás* se conserva en Gibraltar con una placa que reza: «Hurra por el *Captain*, hurra por el *San Nicolás*, hurra por Martín Álvarez». El sable con el que ensartó al oficial inglés se exhibe en memoria de su hazaña en el National Maritime Museum de Londres.

duró dos días. En los jardines de Yelves, los soldados cortaron un hermoso ramo de naranjas y Godoy se lo envió a la reina.

La «guerra de las naranjas» no prestigió a Godoy más que en los versos laudatorios de cuatro poetas subvencionados. En España nadie estaba contento: la nobleza porque se veía amenazada por la política errática del valido, y el pueblo bajo porque la carestía de la vida estaba alcanzando extremos insoportables. Mientras tanto, Godoy jugaba a la alta política. Esperaba ingenuamente que Napoleón compartiera Portugal con él. Muy al contrario, el socio francés, con el pretexto de la guerra de Portugal, introdujo tropas en España y ocupó con sus guarniciones los lugares estratégicos. Napoleón no iba a conformarse con Portugal; también aspiraba a España.

En su papel de comparsa, España unió su flota a la de Francia, que intentaba burlar el bloqueo naval inglés y desembarcar tropas en Gran Bretaña. Inglaterra aniquiló a las dos flotas, española y francesa, en Trafalgar, cerca de Cádiz, el mayor desastre naval de la historia de España, tan pródiga, por otra parte, en desastres navales. Fue una derrota por goleada: la coalición franco-española perdió veintitrés navíos; los ingleses, solamente cinco.



Retrato de don Manuel Godoy, por Goya (detalle).

CAPÍTULO 77

El descalabro de Trafalgar

El celebrado plan de batalla del almirante Nelson (el *Nelson's touch*) hubiera resultado descabellado ante un enemigo experto, pues implicaba la exposición de su flota al fuego del adversario durante media hora antes de situarse en condiciones de replicar con su propia artillería. Nelson lo adoptó porque, después de una vida en el mar enfrentándose a escuadras españolas y francesas, conocía las limitaciones del enemigo y podía permitirse el lujo de despreciarlo.

Es que, comparados con los ingleses, los aliados eran unos aficionados: la escuadra francesa, porque no se había repuesto aún de las restricciones impuestas por los revolucionarios; la española, porque disponía de un presupuesto tan exiguo que apenas salía a la mar, sus arsenales estaban desabastecidos y sus hombres desentrenados. Por eso, los héroes españoles de Trafalgar (Churruca, Gravina, Alcalá Galiano) eran oficiales que habían destacado en el plano científico. Les quedaba tiempo para dedicarse a la investigación civil y así combatían la frustración de no disponer de medios con los que entrenar a sus hombres.

La escuadra franco-española de Trafalgar constaba de treinta y tres navíos (dieciocho franceses y quince españoles) que sumaban dos mil ochocientos cincuenta y seis cañones. La inglesa solamente alineaba veintisiete navíos y dos mil trescientos catorce cañones. No obstante, en términos reales, la flota británica era netamente superior, pues los artilleros ingleses eran capaces de limpiar, cargar y disparar el cañón en poco más de un minuto,